

## LA FORMACIÓN DE BLOQUES Y LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

*Luis Eduardo Turriza Cuevas*

La tendencia mundial de la economía es la regionalización. Los tratados de comercio preferencial y los acuerdos bilaterales son actualmente lenguaje de uso cotidiano. Pero, ¿por qué está tan de moda agruparse en bloque?, ¿ofrece ello mejores alternativas para el desarrollo?, la respuesta es afirmativa.

La agrupación regional y la apertura comercial ofrecen las siguientes ventajas: 1. La reducción o eliminación de aranceles propicia la apertura de los mercados de los países involucrados a los bienes y servicios —y en ocasiones hasta el capital—, lo cual provoca la dinamización de las economías, ya que se pueden comprar y vender materias primas de cualquier parte del bloque sin problemas de encarecimiento por cuestión de impuestos sobre importación, exportación y tránsito de insumos. 2. La competencia crea eficiencia. Los oferentes tendrán que elevar su calidad y homogeneizar sus precios con las condiciones que el interregionalismo económico imponga. El demandante tendrá una gama más extensa de elección. 3. La industrialización regional genera complementariedad económica. Los inversionistas se perfilarán hacia lo que la región produce, esto hará que las economías se vuelvan complementarias y el sector financiero mantenga un crecimiento sostenido. 4. Se genera confianza, se captan capitales extranjeros y se retienen los locales. 5. Se crean empleos y crece el PIB. La incursión de nuevas empresas e industrias creará empleos y subsecuente elevación del producto interno bruto, así como elevación del bienestar social, y 6. La agrupación ofrece mayor representatividad y poder político mundial y capacidad de negociación que la que tiene cada país por sí mismo.

Para hacer más entendible las conveniencias de la regionalización supóngase que cada uno de los estados de México fuera una república con sus propios aranceles y aduanas, y que en cada límite estatal se revisaran mercancías y no fuera posible el libre tránsito de los insumos productivos. Cada estado tendría que

ser autosuficiente lo cual, aparte de difícil, sería costosísimo, primero porque los recursos naturales en cada estado no son muy variados y sí limitados, sus opciones de consumo serían muy reducidas; y segundo, porque se tendrían que importar —con sus debidos impuestos— los bienes que no se producen internamente y las materias primas necesarias y complementarias para la producción. La tecnología y el capital serían de difícil tránsito; existiría encarecimiento en los productos con el más mínimo contenido de insumo importado y cada pequeño estado tendría mínima representación en el mundo. Lo anterior demuestra las ventajas de una regionalización económica a partir de estados bien establecidos y mediana o completamente autosuficientes; la consolidación de sus economías sería muy provechosa para sus integrantes.

México no se puede quedar al margen de las transformaciones mundiales. Por lo pronto, está en buena posición —incluso geográfica— de negociar, en dos vertientes: 1. El tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá; y 2. La integración latinoamericana.

La integración latinoamericana es también una opción factible. En América Latina se producen grandes volúmenes de materia prima para un gran número de procesos productivos, sus economías son afines y complementarias en muchas ocasiones, son países en vías de desarrollo con población joven y en edad económicamente activa y con problemas socio culturales y económicos parecidos; son estados con gran potencial energético, agrícola, industrial y una considerable extensión geográfica. La posibilidad de intercambiar libremente productos, así como ingresar al mercado de Estados Unidos —por medio de México— crea una inmejorable opción para comercialización y, a su vez, de integración; ello haría de América Latina un bloque fuerte. Si se sabe aprovechar la situación tendría poder, imagen, representatividad y dinamismo, además de grandes posibilidades de escalar al pri-

mer mundo en un mediano plazo. Dicho bloque tendría un gran peso mundial con capacidad de negociar cualquier cosa, incluso su deuda.

Hacia el exterior, América Latina sería proveedora y hacia ella voltearían sus ojos los grandes capitales inversionistas. Hacia el interior, constituiría un mercado muy extenso de consumidores y con posibilidades de regionalizar la industria e integrar las economías. Lo anterior permitiría la transformación del agotado y costoso modelo de sustitución de importaciones en una moderna y dinámica economía de bloque. México, además, se beneficiaría al ser el trampolín de los productos de centro y sudamérica en tránsito hacia la zona de libre comercio Canadá-Estados Unidos y por su capacidad para triangular el comercio de los bloques norteamericano, europeo y de la Cuenca del Pacífico.

Ante tales perspectivas, México se ha dado a la tarea de ser el orquestador de la integración. El pasado mes de octubre, el Presidente de México visitó Sudamérica con el fin de establecer tratados bilaterales y acuerdos de cooperación como principio de la integración y la creación de grupos económicos. Con Bolivia hubo consultas políticas bilaterales; tratados de cooperación científica y tecnológica y de piscicultura; acuerdos entre el Instituto Mexicano del Petróleo y la compañía petrolera de Bolivia, sobre asistencia técnica para la exploración y explotación de energéticos; además de pactos de lucha contra el narcotráfico (Bolivia es el segundo productor de cocaína a nivel mundial).

Con Argentina y su cerrada economía se firmó un tratado de integración económica, hacendaria y finan-

ciera; además de acuerdos de sanidad animal y asesoría en transporte. En Uruguay, se firmaron acuerdos científico-técnicos sobre energéticos y sobre intercambio cultural. Además, se concedió ampliación de concesiones comerciales, otorgamiento de líneas de crédito recíprocas y acuerdos de cooperación hacendaria-financiera. También en Uruguay, el presidente Salinas presentó una propuesta de integración ante la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) en la cual propone que la apertura se dé con amplia cobertura, se fijen máximos arancelarios y se eliminen subsidios a la exportación y cargas fiscales discriminatorias e inequitativas; asimismo, propuso la remoción de obstáculos en transporte para hacer más fluido el comercio regional, la creación de mecanismos imparciales que dictaminen sobre situaciones no previstas, concertación de procedimientos de justicia, mayor promoción comercial y subrayó la conformación de subregiones económicas, que serían células de la integración.

En Brasil, donde se mostraron un poco escépticos, solamente se acordó colaboración en materia de protección del medio ambiente, de cooperación hacendaria y técnica. Además, México firmará un acuerdo con Chile de complementación económica que será gradual y se cerrará en diciembre de 1995.

La gira del Presidente es un buen principio y demuestra la disponibilidad e interés de México por crear mejores perspectivas para la región. La integración latinoamericana, en teoría, es muy favorable, pero al igual que el tratado de libre comercio será en la mesa de discusiones donde se trazarán las directrices del futuro y estará en manos de los negociadores el aprovechar lo mejor de las circunstancias. ▣

## EFECTOS ECONÓMICOS DE LA GUERRA DEL PÉRSICO

Carlos Fong Reynoso

En la postguerra del Pérsico no sólo se negocia la paz, sino que se han suscitado una serie de fenómenos económicos no previstos por la mayoría de los gobiernos y de los individuos que los ha obligado a replantear sus objetivos y estrategias, a fin de salir librados del conflicto lo mejor posible.

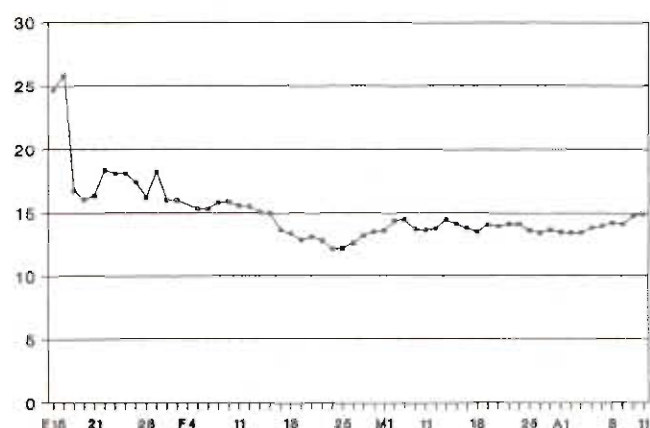
Dentro de este contexto hay economías protagonistas, como la de Estados Unidos, y otras que no lo son tanto, como pudiera ser el caso de la economía china. México se encuentra en una situación intermedia, ya que, si bien no participó militarmente en la guerra, sus características de país exportador de petróleo, con una considerable deuda externa a tasa móvil, con un sector externo frágil, y más que nada, con una economía profundamente vinculada con la de Estados Unidos, tendrá en la forma que adopte la paz, un problema o un gran apoyo, como lo fue el conflicto del semestre pasado, que al elevar el precio del petróleo dio un respiro a las finanzas públicas al contarse con recursos adicionales. En el caso mexicano, el aumento consistió en un alza promedio anual de 6.12 dólares por barril de la mezcla mexicana de exportación, con respecto de los 13 dólares presupuestados por el gobierno, dando una entrada extra de divisas de alrededor de 1 500 millones de dólares.

Mucho se especuló sobre los posibles escenarios que se presentarían ante diferentes características de la guerra. Se pueden descartar los previstos para una contienda larga, y observar si realmente se cumplen los escenarios estimados para una guerra corta:

En el plano internacional, las economías desarrolladas podrán absorber sin grandes consecuencias los efectos directos de la guerra, como fue el movimiento en los precios del petróleo, ya que mediante la intervención y manejo de las reservas estratégicas de los países desarrollados, se mantuvo estable el mercado petrolero, ahora a la baja.

Al terminar rápidamente la guerra, la desconfianza en el comportamiento del dólar se disminuirá, reduciendo la presión sobre la tasa de interés, que podrá bajar, para apoyar en el combate a la recesión que se ha producido en prácticamente todos los países desarrollados. Un dólar más fuerte genera las condiciones propicias para reducir las tasas de interés y la baja generalizada de ésta es propicia para la economía de la Unión Americana (ya que si bajara solamente la tasa de interés de Estados Unidos, permaneciendo fijas otras tasas como la inglesa o la alemana se produciría una fuga de capitales hacia esos destinos). La baja en la tasa de interés opera reduciendo el costo del dinero e incentivando la inversión productiva. Desde el 1 de febrero se redujo la tasa de descuento preferencial de la reserva norteamericana y con ella se redujo la tasa *prime* en un punto (la tasa *libor* también se redujo, para atacar la recesión en Inglaterra). Junto con esto, habrá un repunte en una de las principales industrias norteamericanas: la bélica, por la necesidad de sustituir los inventarios, tanto por haber sido utilizados en la guerra, como por la necesidad de sustituir los materiales que se hayan vuelto obsoletos, al demostrarse su ineficacia ante las armas más modernas. Las armas no sólo se demandarán internamente, sig-

PRECIO DE LA MEZCLA DE PETRÓLEO DE EXPORTACIÓN  
México, enero-abril, 1991  
(dólares por barril)



FUENTE: Elaborada con base en datos del Banco de México.

nificarán también un aumento de las exportaciones estadounidenses al resto del mundo (el costo de no hacerlo sería contar con armas probadamente ineficientes para defenderse). La industria bélica demanda bienes de otras ramas de la producción, como la electrónica y la informática, por lo que tendría efectos multiplicadores al resto de la economía. En cuanto al costo de la guerra, es bien sabido que es una nota que tiene que pagar el perdedor, en este caso Irak, además de que otros países ya están pagando parte de la cuenta, principalmente Japón, Kuwait y Arabia Saudita.

Otro factor que incentivará la economía de Estados Unidos es la reconstrucción de Kuwait, en la cual se espera que se inviertan alrededor de 50 mil millones de dólares durante 10 años. La familia real kuwaití además de poseer los recursos necesarios para la reconstrucción, seguramente premiará a los "aliados" más recalcitrantes con los contratos para la reconstrucción. Al parecer, firmas norteamericanas ya han acaparado la mayor parte de los contratos, lo que facilitará la recuperación de la economía norteamericana.

La victoria de Estados Unidos ha dado a los consumidores estadounidenses expectativas de una rápida recuperación de su economía; esta confianza estimula un mayor consumo, tanto productivo como necesario, estimulando a la economía por el lado de la oferta y de la demanda.

Al no haber aumentado los precios del petróleo a cifras como las que se especularon, de alrededor de 100 dólares por barril, la inflación en los países industrializados se mantendrá dentro de los límites esperados aun sin guerra.

Los problemas que matizan este escenario tan optimista son las grandes dificultades del sistema financiero y del inmenso déficit fiscal, lo que limitará los alcances de los fenómenos descritos previamente, reduciendo la capacidad de la economía de Estados Unidos de recuperar su ritmo de crecimiento rápidamente.

Para México, este escenario significa lo siguiente: al reducirse las tasas de interés con las que se contrató la deuda externa, se reduce con ella el pago de inte-

reses que en el primer bimestre de este año significó un ahorro de mil millones de dólares al descender la tasa *libor* en dos puntos porcentuales (respecto de lo calculado en el presupuesto de egresos que es de 8.7). No se espera que dicha tasa, con la cual está contratada unas tres cuartas partes de la deuda externa, aumente en el corto y mediano plazo, dado que los indicadores de recesión no han desaparecido completamente. Esto permite un considerable ahorro y además no se interfiere con la intención nacional de reducir la tasa de interés doméstica y al mismo tiempo mantenerla internacionalmente competitiva. La reducción de la tasa interna de interés disminuye las tensiones inflacionarias y el costo del dinero, aumenta la inversión productiva y contribuye a reducir el déficit fiscal al disminuir los pagos de la deuda interna.

Tal vez el sector más sensible de la economía mexicana sea el sector externo. Durante el último semestre de 1990 se presentaron en él dos condiciones: por una parte, la recesión en Estados Unidos disminuyó notoriamente la demanda de exportaciones mexicanas no petroleras, por lo que en este sector se presentó una situación deficitaria, que fue casi milagrosamente salvada por el aumento en los precios del petróleo. En el presente escenario se consideraría que al terminar la fase recesiva de la economía norteamericana, aumentará la demanda de exportaciones mexicanas (petroleras y no petroleras), lo que amortiguaría también una reducción temporal en el precio del petróleo por debajo de 17 dólares por barril que presupuestó de manera conservadora el gobierno mexicano. La reducción en el precio del petróleo se presentaría como consecuencia de la sobreoferta que actualmente existe en el mercado, mientras la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) logra que se establezcan las cuotas de producción de sus miembros, liberadas al inicio de la crisis en agosto de 1990. En la reunión que sostuvo la OPEP los días 11 y 12 de marzo se decidió mantener la meta de los 21 dólares por barril que proponía el Cartel desde antes de la guerra. El precio promedio de la mezcla mexicana de exportación en el periodo comprendido entre el 15 de enero y el primero de marzo es de 15.76 dólares por barril, apenas 1.23 dólares menos de lo presupuestado, lo que hace suponer que al final del año, se cumpla la previsión de un precio de 17 dólares por barril.

Un factor que intervendrá en la fijación de los precios del hidrocarburo es el control que adquiera la fuerza multinacional -Estados Unidos- sobre la producción irakí y kuwaití. A pesar de las grandes importaciones de petróleo que realiza Estados Unidos, este país es el segundo productor mundial con el 12.1 del total y sus compañías, con intereses en todo el mundo, hacen improbable que el precio del petróleo caiga excesivamente.

La baja en los precios del petróleo no es lo más deseable para México, que obtiene cerca de 500 millones de dólares adicionales en un año por cada dólar que suba en promedio el barril (considerando una plataforma de exportación de alrededor de un millón 300 mil barriles diarios) y un déficit similar por cada dólar por abajo de 17 dólares en promedio anual en que se cotiza la mezcla mexicana de exportación.

Con la experiencia de la crisis del 82, el gobierno tomó medidas para prevenirse: primero, no calcular el presupuesto de ingresos pensando en un precio elevado del hidrocarburo; segundo, con los recursos adicionales que se obtuvieron en 1990 se formó un fondo de contingencias que servirá de colchón a los efectos negativos de la baja en el precio del petróleo, al fondo se anexarán los recursos liberados por la desincorporación de empresas del Estado, principalmente de Telmex. El fondo contempla incluso absorber, una vez que se incorporen los recursos obtenidos por la venta de bancos, bajas en el precio del petróleo que le ubiquen casi hasta cero dólares por barril sin que se modifique lo planeado por la política económica para este año. Según declaraciones del secretario de hacienda, actualmente ya se cuenta con recursos suficientes para absorber reducciones que fijen el precio del barril de la mezcla mexicana de exportación en 10.8 dólares; afortunadamente esta situación no resulta probable. Asimismo, declaraciones recientes de Hacienda han informado que se compraron seguros de cobertura a futuros compensatorios que cubrirán la diferencia si el petróleo mexicano no alcanza el citado precio de 17 dólares por barril.

Resultan confusas las medidas adoptadas por las autoridades para prevenir la baja en el petroprecio; no es incorrecta la preocupación por asegurar que los programas económicos del gobierno puedan ser llevados a la práctica, pero debido tal vez a la falta de

una información más precisa sobre los aseguramientos internacionales que compró Pemex, resulta inexplicable e innecesario que los recursos que originalmente se habrían de destinar a gastos de bienestar social se dediquen al fondo de contingencias, si se encuentra cubierto por los seguros antes citados el riesgo de que el precio del petróleo mexicano se ubique a menos de 17 dólares. Tampoco resultan claras las características de los seguros ¿Por qué los seguros comprados a futuro en un periodo en que se hablaba del aumento en el barril de petróleo a niveles de 100 dólares, fueron fijados en 17 dólares? ¿Se debe pensar en un control del mercado petrolero a la baja concertado políticamente, no por efectos del mercado?

Para la economía mexicana, un tercer factor a considerarse es el del turismo, que es una de las principales fuentes de ingresos para México y que fue afectado por la recesión en los países industrializados; al desaparecer ésta, tendrá un repunte que posiblemente se vea incrementado al cambiar los destinos turísticos mundiales por el riesgo de actos terroristas en Europa y Oriente Medio.

Así pues, se espera que el sector externo se vea afectado pero no necesariamente de manera negativa, inclusive, dependiendo de que el petróleo se mantenga por encima de 17 dólares por barril en promedio durante 1991 (mediante los seguros o mediante otros mecanismos) y no se tenga que utilizar el fondo de contingencias se podría pensar en efectos benéficos para la economía mexicana.

Un factor más a tomarse en cuenta es que el éxito en la guerra significa un fortalecimiento en el presidencialismo norteamericano, lo que podría representar menos trabas del poder legislativo de dicho país al acuerdo de libre comercio que se negocia entre México, Estados Unidos y Canadá. De este acuerdo, se esté a favor o en contra, dependerá el futuro del sector externo de la economía.

No se puede hablar de que la guerra del Pérsico haya perjudicado a la economía mexicana, de hecho, probablemente se ha visto beneficiada, de tal manera que actitudes de carácter especulativo o explicaciones que no corresponden a la realidad de la economía mexicana, se han manifestado en algunos sectores no por efecto, si no por pretexto de la guerra. ✖